

VI DOMINGO DE PASCUA (a)

Segunda Lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro. 3, 15-18

Hermanos: Veneren en sus corazones a Cristo, el Señor, dispuestos siempre a dar, al que las pidiere, las razones de la esperanza de ustedes. Pero háganlo con sencillez y respeto y estando en paz con su conciencia. Así quedarán avergonzados los que denigran la conducta cristiana de ustedes, pues mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal. Porque también Cristo murió, una sola vez y para siempre, por los pecados de los hombres: él, el justo, por nosotros, los injustos, para llevarnos a Dios, murió en su cuerpo y resucitó glorificado.

Palabra de Dios.

REFLEXIÓN

Vale la pena no dejar pasar este consejo de Pedro: "debemos estar dispuestos a dar las razones de nuestra esperanza". ¿Cuáles serán estas razones? El Evangelio nos dará una pista cuando nos dice Jesús que el Espíritu de verdad, el Espíritu de Dios está con nosotros y de esta manera Cristo y el Padre están también con nosotros. Esta es nuestra esperanza, que no estamos solos, que en nuestro caminar lleno de gozos y sufrimientos, Dios camina con nosotros. Y en este caminar, Él nos ilumina, nos guía, nos anima, nos muestra la luz que nos lleva por el verdadero Camino de verdad y vida. Si aceptamos esto, Él se manifestará por nosotros. Cuando uno abre los ojos y se ve rodeado de violencia sin sentido, hambre por injusticias, familias destruidas por el egoísmo y la falta de perdón, niños sin esperanza de una vida digna; no cabe otra pregunta: ¿dónde está nuestra esperanza?! Nuestra esperanza está en Cristo, pues si realmente dejamos que él habite por su Espíritu en nosotros, toda esta realidad podría cambiar. La gran pregunta es: ¿queremos cambiarlo? O Preferimos vivir así, siempre y cuando no afecte mi "pequeño mundo" que me rodea y me mantiene tranquilo. Escuchemos el Evangelio para entender mejor nuestra misión.

Evangelio

Lectura del santo Evangelio según san Juan 14, 15-21

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Si me aman, cumplirán mis mandamientos; yo le rogaré al Padre y él les enviará otro Consolador que está siempre con ustedes, el Espíritu de verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no

lo ve ni lo conoce; ustedes, en cambio, sí lo conocen, porque habita entre ustedes y estará en ustedes.

No los dejaré desamparados, sino que volveré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes si me verán, porque yo permanezco vivo y ustedes también vivirán. En aquel día entenderán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes. El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también le amaré y me manifestaré a él”.

Palabra de Dios.

REFLEXIÓN EL TEXTO

Una vez más el contexto de estas palabras es la Última cena. Jesús sigue intentando transmitir las verdades que necesitarán los discípulos para continuar su obra. La semana pasada les había dicho Jesús que toda su vida sería el Camino, la Verdad y la Vida; ahora les prometerá la presencia de otro Consolador, del Espíritu Santo. Además, prometerá que estará vivo entre ellos, pues ellos lo podrán ver.

Después de tantos siglos en los que la Iglesia ha experimentado la presencia del Espíritu Santo nos parece algo normal y lógica esta promesa, pero para los discípulos que todavía no lograban entender la trascendencia de la obra de Cristo, debió escucharse bastante extraña esta promesa. Sin embargo, muy pronto comprenderían la trascendencia de dicha promesa, cuando movidos por este Espíritu salieron a las calles y al Templo a anunciar la Buena Nueva de la presencia del Resucitado. Pronto se dieron cuenta que era el Espíritu Consolador el verdadero constructor del Reino de Dios y continuador de la obra de Cristo. Ellos se sentían transformados por su presencia y además veían como a través de Él los mismo actos que Jesús había realizado se volvían a realizar. Así fueron comprendiendo los discípulos la gran importancia de la promesa de Cristo. El Espíritu que él les prometió era el verdadero continuador y actualizador de la obra de Cristo, es decir, de del Reino de Dios.

ACTUALIDAD

En la segunda lectura de este domingo san Pedro nos exhorta a que “demostramos las razones de nuestra esperanza”. Ahora la pregunta cabe para nosotros, ¿cómo hemos experimentado nosotros la presencia del Espíritu en nuestras vidas? Para

ello cabe aclarar algo: la presencia del Espíritu se manifestó cuando los discípulos se propusieron continuar la obra de Cristo, es decir la construcción del Reino de Dios entre los hombres. Por lo tanto, parecería que solo cuando se decidieron a llevar la Buena Nueva de la presencia de Cristo Resucitado es que el Espíritu los transformó. Por lo tanto, antes de preguntarnos si hemos experimentado su presencia en nuestras vidas, es necesario preguntarnos si nos hemos decidido a construir el Reino de Dios en la Tierra. Sólo cuando seamos conscientes y nos decidamos a buscar construir este Reino con nuestras actitudes cotidianas podremos ir experimentando que este Espíritu Consolador actúa en nosotros, nos fortalece, nos ilumina, y nos guía a tomar las decisiones más correctas en la construcción de la Iglesia de Cristo.

PROPÓSITO

¿Cómo veo manifestada la presencia del Espíritu de verdad en mi vida?
Busquemos esta semana estar más atentos a la luz del Espíritu en decisiones que hemos de tomar, acciones que vayamos a realizar o planeaciones que estemos haciendo.

Por tu Pueblo,
Para tu gloria,
Siempre tuyo Señor.

Héctor M. Pérez V., Pbro